



Ruth D. Lechuga, *Ofrenda de comida y velas al sol que sale*, Arroyo de Guacamayas, Nayarit, 1951. Col. de la autora

## *Nuevas razones para una añeja historia*

Acaso en *Alquimia* queríamos encontrar eso: nuevas razones del pensamiento fotográfico, nuevos motivos y nuevas circunstancias. Pero, como se verá, esos nuevos razonamientos y propuestas son tan antiguos como nuestra propia historia fotográfica, salvo que no se habían reunido en su complejidad y en su riqueza, en su dimensión. Para remontarse a una historia de la fotografía realizada por mujeres es evidente que hay que explicitar los condicionamientos culturales en que un oficio —básicamente en el siglo XIX y la primera década del XX— se tuvo que desarrollar: sociedades con altibajos a lo largo de todo el territorio nacional, mínimas condiciones de educación, un precario desarrollo tecnológico ubicado sólo en las ciudades o pocas posibilidades de desenvolvimiento sin recursos económicos. El entorno social fue, entonces, determinante para el desarrollo de un oficio. Acaso por eso mismo todavía no conocemos a alguna mujer daguerrotipista que haya ejercido en México, pero esto no quiere decir que no haya existido, pese a las condiciones que sabemos tuvieron que sufrir los primeros fotógrafos varones. A lo que hay que agregar que evi-

dentemente la documentación sobre nuestras fotografías del pasado es escasa, apenas asoma, hay que desbrozar el camino para reconocernos ampliamente.

Eso quisimos hacer ahora en *Alquimia*, jalar el hilo de esa compleja madeja que es nuestra historia fotográfica y descubrir esa parte de la historia que no había merecido una mejor atención. En principio, buscar y reconocer la labor femenina en la fotografía no fue fácil. Ante fotografías ampliamente reconocidas en nuestra historia (digamos, Modotti, Lola Álvarez Bravo y Berenice Kolko), una gran cantidad de nombres y trabajos permanecían en el lado oscuro. Lo que no necesariamente quería decir otra historia, sino más bien una faceta relegada. Y con la idea de perfilar —nunca definir por completo— esta faceta, emprendimos una búsqueda que nos llevó a hemerotecas privadas y públicas, a archivos particulares, a imágenes nuevas. El más mínimo dato o nombre se volvió para nosotros una valiosa razón de nuestro trabajo. Y lo mismo de Puebla, de Oaxaca que de Durango nos comenzó a llegar la información. Y, poco a poco, armamos el contenido que se tiene ahora en las manos.



Bernice Kolko, *Estudio fotográfico al aire libre, Papantla, 1955*. Col. Fundación Zúñiga-Laborde

Como siempre, convocamos a un editor invitado que en esta ocasión fue la historiadora Rebeca Monroy Nasr que nos apoyó con su conocimiento y paciencia. Con ella definimos nuestros contenidos y nuestro periodo a estudiar (¿o tendríamos que decir que la información disponible fue más bien la que nos definió?), depuramos datos, valoramos imágenes, porque después del trabajo realizado era evidente que no podía entrar todo. Ciertamente nos excedimos un poco y aprendimos, sin duda, que esta historia es más extensa de lo que nos imaginamos al principio. Por eso Rebeca Monroy tuvo que reunir, en unas cuantas páginas, más de setenta años de historia, lo cual se lo agradecemos porque cómo decir tanto en tan poco espacio. Antonio Saborit se sumó de manera entusiasta al proyecto, a él le tocó evidenciar las andanzas y las razones de las fotografías extranjeras por estas tierras. Mientras que otros investigadores aportaron lo suyo: Alicia Sánchez Mejorada con el trabajo de Kati Horna;

Carlos Córdova quien redefinió la estancia de Gisèle Freund en México, mientras que Lilia Martínez llamó nuestra atención sobre Puebla.

Por primera vez *Alquimia* realizó una entrevista, la cual se hizo nada menos que con Aurora Eugenia Latapi. Con esta maestra compartimos un diálogo que hubiéramos querido fuera más extenso, pero ella a cambio, generosa, nos ayudó ofreciéndonos sus imágenes para que aquí pudieran ser vistas. Así, este número se logró gracias a una muy diversa ayuda de personas y de archivos, entre éstos hay que mencionar el Centro Fotográfico Álvarez Bravo, de Oaxaca; la Fototeca Antica y el Centro Integral de Fotografía, de Puebla; a la Fundación Zúñiga-Laborde; a la Fototeca del Centro INAH, de Durango y, de nueva cuenta, al Archivo Antonio Reynoso. Con todos ellos armamos una historia pionera que tiene todavía mucho que dar. Y bueno aquí estamos, una vez más.

José Antonio Rodríguez